

En 11 de junio entraron unos oficiales franceses en el aposento del cardenal, pusieron

un sello al bufete donde estaban sus papeles, colocaron un centinela delante de la puerta y

ciones mas sinceras parlan de todos los corazones, y Carlos IV fué respetado de los españoles, que jamás dejaron de manifestarle su amor. Cuando el príncipe de Asturias volvió á palacio despues de haber tranquilizado al pueblo, el rey, cuya salud se hallaba muy deteriorada, llamó á todos los ministros y gefes de palacio al anochecer del día 19, y abdicó la corona en su presencia, libre y espontáneamente, en su hijo Fernando, añadiendo que jamás habia hecho cosa mas grata á su corazón, ni mas conforme á sus deseos. Luego que se esparció tan plausible noticia, reunióse otra vez el pueblo, y victoreó con entusiasmo al nuevo rey Fernando, á quien los representantes del clero, los grandes de España, los títulos de Castilla y los diputados de la nación habian prestado juramento en 1789 como sucesor del trono despues de la muerte de Carlos IV.

Tomó, pues, Fernando VII las riendas de la monarquía por la libre y espontánea abdicacion de su padre. Amábanle los españoles, porque habia padecido con ellos, y porque esperaban de él la salvacion de la patria. Su advenimiento al trono, circulando con extraordinaria celeridad por todas las provincias, llenó de indecible alegría á los buenos españoles, y apenas hubo ciudad, pueblo ni aldea en que no se celebrase con fiestas religiosas y cívicas. Los primeros actos del nuevo reinado, dice un autor, acabaron de entusiasmar á la nación y de afirmar sus esperanzas: la prudencia reemplazó á la intriga; la energía ocupó el lugar de la flojedad, y reinaron las virtudes donde antes dominaban la vanidad y la degradacion. Los hombres mas eminentes, que habian descollado en las diversas carreras de la administración pública, y que se hallaban entonces proscritos, fueron llamados á los primeros destinos del Estado. Suspendióse la venta de bienes eclesiásticos; se aligeraron las contribuciones que gravitaban sobre los pueblos exánimes; en suma, todas las órdenes dictadas en aquella época por el jóven monarca eran benéficas, prontamente obedecidas, y auguraban uno de los mas felices reinados. El pueblo dió á conocer cuán poseído estaba de esta idea cuando al entrar Fernando en Madrid el día 24 hizo tales demostraciones, que puede muy bien decirse que nunca ha habido otras mas universales y sinceras.

Pero fueron de muy corta duracion tantos bienes y tan halagüeñas esperanzas. La perfidia de Napoleon y la astuta policia de sus agentes, unidas á la prepotencia de sus ejércitos, que ocupaban ya á Madrid y á las principales plazas de España, destruyeron todos los proyectos de paz, abundancia y felicidad. Fernando VII creyó ser conveniente y aun necesario al bien de sus súbditos salir al encuentro del emperador que ofrecia visitarle en sus Estados, y bajo de este pretexto se le condujo hasta Bayona, donde entró el 20 de abril, bien ajeño de ser víctima de la abominable trama que iba á desenvolverse en aquella ciudad. No es de nuestro instituto describir los pormenores de aquella horrenda maquinacion, que comenzó el emperador de los franceses por medio del engaño, llevó adelante con las amenazas, y terminó con la mayor violencia. Sabidos son sus resultados: toda la familia Real de España conducida á Francia; la corona arraucada de las sienes

de Fernando, para que pasando por las de Carlos IV, la colocase este sobre las de José Napoleon, y en fin, la usurpacion del gobierno de España mandada por el emperador y ejecutada por el gran duque de Berg. Pero el célebre 2 de mayo en Madrid revelando á esta magnánima nacion todos los misterios de estas maquinaciones, dió la señal de guerra; y comunicando rápidamente la insurreccion desde el Pirineo á las columnas de Hércules, y desde los amenos campos de Valencia al cabo Finisterre, produjo el simultáneo alzamiento de todos los españoles, que corrieron volando á empuñar las armas contra los franceses, para castigarlos como asesinos de sus hermanos de Madrid. Asturias, que sirvió en otro tiempo de asilo á los españoles contra las legiones de Roma, señora entonces del universo, y desde donde refugiado despues el gran Pelayo con las imágenes sagradas del cristianismo, salvó los restos de la monarquía goda, aquella tierra clásica de fidelidad, habitada por una raza indomable, fué la primera que levantó el grito de la independencia; grito que resonó inmediatamente en Santander, Valencia, Zaragoza, Galicia, Barcelona, Sevilla y Cadiz, y hasta en el último rincón de la Peninsula. Solo al sacudimiento súbito de un terremoto universal es comparable el movimiento de insurreccion que, casi en un mismo día, conmovió toda la estension de España y se comunicó de uno á otro pueblo con la velocidad del rayo: fenómeno admirable que demostró evidentemente que la relajacion de costumbres introducida en los años anteriores y la disolucion de casi todos los lazos que unen al súbdito con el gobierno, no habian sido bastantes á destruir en los españoles aquel sentimiento de propia dignidad, aquella voluntad general decidida de conservar la independencia de la madre patria, y la insuperable aversion al yugo extranjero tan propios de nuestras costumbres y carácter! Y esta nacion, añade un historiador, sin reyes, sin hacienda, sin marina, casi sin ejército, pues toda la herencia de Carlos III se habia ido disipando, se levanta imponente á proveerse á sí misma, á sacudir la coyunda que alevosamente se intentaba ponerle. Apuróse su paciencia, y resucitó el antiguo génie ibérico con sus impetuosos arranques. Dióse el primer grito en Madrid el 2 de mayo, uno de los días mas infaustos y mas felices que cuentan los fastos españoles. Al ruido de aquel primer sacudimiento despertó el viejo león de Castilla, de muchos años aletargado, y su rugido resonó en todo el ámbito de la Peninsula, y á su eco fueron respondiendo una tras otra todas las provincias de la monarquía. Dios permite á los hombres obcecarse para perderse cuando traspasan su mision sobre la tierra, y no habia trazado su dedo la geografia del continente europeo para que todas sus regiones obedecieran á un hombre solo. Vinole bien al pueblo español el ser acometido con felonía, porque solo así pudo revivir con todo su rudo desenfado su independiente altivez. Si la empresa hubiera sido conducida con mas cordura por parte de Napoleon, tal vez hubiera sido coronada con otro éxito. Pero fué convenientemente recibir un grande ultraje para que fuese terrible el escarmiento, y que el gran político cometiera el mayor de sus yerros al tratar de sojuzgar la España, para que se estrellara en esta tierra escepcional,

le intimaron la orden de partir en el término de segundo día á su obispado de Sinigaglia.

Habiendo sido tambien arrestados los preladados Barberi, fiscal general del gobierno, á

de antiguo destinada á gastar la vitalidad de los grandes conquistadores. Jamás pueblo alguno se alzó en su propia defensa ni mas unanime ni mas imponente. Si alguna vez ha sido exacta la frase de que una nacion se levanta como un solo hombre, lo fué en esta insurreccion gloriosa. Un solo sentimiento movia como agente eléctrico todos los corazones. El movimiento, anárquico, al nacer se regulariza luego; juntas locales de gobierno, junta central. Es la nacion que se gobierna á sí misma; es el reinado de la nacion. Se improvisan ejércitos, se organizan. Es la nacion que se defiende, es la nacion que se sacude. La lucha esta abierta. Inglaterra, esa adversaria antigua de la España, cuya enemistad nos habia sido tan funesta en los mares, se convierte en aliada íntima y viene á luchar tambien en nuestro suelo, porque le conviene tomar parte en toda pelea que tenga por objeto derrocar al coloso de la Francia. Portugal se alienta y se levanta tambien. En cambio Napoleon hace trasportar á la Peninsula el gran ejército de Alemania, desguarneciendo aquellos países. Vienen gentes de todas regiones. Hasta á los valientes polacos los trae á sellar con su sangre su renombrado ardor bélico bajo el cielo puro de Castilla. Estraño trasiego de naciones. Los ejércitos de las tres cuartas partes de Europa concurren á combatir á un pueblo pobre, pero heroico. No se descorazonan los españoles en lid tan desigual. De las grandes ciudades, de las aldeas, de las cabañas, de los campos, de las escuelas y de los talleres sale espontáneamente la juventud á engrosar las filas de los defensores de la patria; y cambiando el arado, el escoplo, ó el libro de testo, por la carabina, el fusil ó la espada, corren voluntarios á la pelea, ó individualmente, ó en grupos, ó en cuerpos ya regimentados. Los sacerdotes predicaban la guerra en el púlpito y empuñaban despues el acero con propia mano; se desnudan de la estola, y embridan el caballo de batalla y acaudillan cuerpos armados, como en los siglos de la guerra contra los musulmanes. Hasta las piedras parecia convertirse en combatientes, como de otros tiempos fingió la fábula.

Todas las clases de la sociedad contribuyeron á la justa causa; pero las inferiores, las que conservando su natural sencillez, su amor á la patria y á la Religión sapta de sus padres, no podian ser arredradas por los peligros, ni detenidas en su impulso por las sugestiones del egoismo, fueron las primeras en arrojarse á la venganza sin premeditacion alguna. Los grandes y los nobles reunieron sus generosos esfuerzos á los del pueblo, y abandonando el trono del intruso, comprometieron en la lucha nacional; sufrieron contentos la confiscacion de sus bienes; prefirieron la honrada escasez, y aun la miseria, al esplendor de una corte ilegítima; compartieron con los soldados las fatigas de la guerra, y figuraron con honor en las juntas del pueblo, en las Cortes, en el Consejo de Estado y á la cabeza de los ejércitos. El estado eclesiástico, tan influyente en España, se puso al frente del levantamiento y prestó los mas distinguidos servicios. Los sacerdotes llamaban al pueblo á las armas desde los púlpitos y al pie de los altares, y con el siglo santo de la redencion le animaban al com-

bate. En todas las juntas que se formaron en las capitales de provincia, figuraron en primer lugar los preladados y demás eclesiásticos de uno y otro clero, ofreciendo su propia sangre y sus bienes para mantener la sagrada lucha. Traspasaríamos los limites de una nota si quisiéramos describir uno por uno todos los sacrificios que hizo el ilustrado clero español por la mas justa de las causas: bastará presentar como una pequeña muestra de los demás, el donativo de un millon y quinientos mil reales que puso á disposicion de la junta de Valencia su dignísimo arzobispo don Frey Joaquín Company desde los primeros momentos de la insurreccion. A este tenor hicieron otros preladados cuanlijos donativos segun sus circunstancias.—Y la Europa atenta supo con admiracion que los triunfadores de Jena habian rendido sus espadas en Bailén y que las legiones del vencedor habian dejado de ser invencibles en batalla campal. Los sitios de Zaragoza y Gerona anunciaron á los nuevos romanos que se hallaban en la tierra de Sagunto y de Numancia. Los nombres de aquellas dos heroicas poblaciones, tiempos y años andando, han sido invocados como tipos de heroismo en cualquier region del globo en que se ha querido escitar el ardor bélico y el entusiasmo patrio con memorias de alto ejemplo. Mientras tales lecciones daban las tropas regladas y los moradores de las ciudades, plagábanse los campos de guerrilleros, de esos soldados sin escuela, modernos Viratos, de que tan fecundo ha sido siempre el suelo español; los cuales con rápidas y atrevidas maniobras, ingeniosas revueltas é inesperados ataques, diezaban pequeños cuerpos enemigos, ó embarazaban el paso á gruesas columnas, ó sorprendian convoyes, y con sus géneros de menudas hostilidades desesperaban á los famosos generales del imperio, que no hallaban medio de librarse de tan importunos acometedores, ni de evitar los descalabros y desperfectos que con tan singular estrategia les ocasionaban. Desgraciado y sin ventura entretanto el francés que por cualquier incidente se encontrará, en poblado ó en desierto, aislado y separado de su columna! ¡Cuántos sacrificó así el furor popular! El paisanage, que en su ruda lógica no veia en el soldado francés sino al guerrero de la nacion enemiga, lejos de inquietarle la idea de que perpetrase un acto de bárbara inhumanidad, persuadiase de que ejecutaba una accion meritoria á los ojos de la patria y aun á los ojos de Dios. Vióse precisado Napoleon, á venir en persona á reanimar la guerra, y sin grande dificultad, que mal podian oponerla unas débiles tapias, se posesiona de la capital, donde queda su hermano José haciendo funciones de rey de España. No importa. Tambien el archiduque Carlos de Austria, en los tiempos del primer Felipe de Borbon, se hizo aclamar rey de España en Madrid. Pero Madrid deja de ser la capital de la monarquía española desde el momento que la ocupa el usurpador; es solo un pueblo mas de que se ha apoderado el enemigo. La capital de los españoles está allí donde se encuentra su legitimo gobierno. Fuerza es no obstante confesar que la presencia y los triunfos del emperador llegaron á poner á España en situacion harto apurada y angustiosa. Pero de repente

quien se atrevían á culpar de la muerte de Duphot, y Riganti, secretario de la Consulta; el ilustre cardenal Pacca, nombrado por Pio VII en 18 de junio pro-secretario de Estado, reclamó su libertad, pero fueron inútiles sus reclamaciones.

cambia esta situación; el emperador retrocede de improviso del corazón de la vieja Castilla, donde se había internado. Corre, avanza, vuela, quiere devorar las distancias, desaparece, y en pos de él marcha el grande ejército. A los pocos días de hallarse en Astorga penetraba dentro de los muros de Viena. ¿Cómo así? Era que la voz de la Junta central de España había resonado en apartadas regiones, y el Austria oyendo su llamamiento había vuelto á declarar la guerra á Napoleón. Es verdad que de nuevo vence allí, y que cada jornada suya señala un triunfo; pero también lo es que España ha enseñado al mundo á resistir, y su ejemplo ha sido contagioso; así Napoleón, que derrota ejércitos, encuentra por primera vez una resistencia fatigosa en las masas del pueblo alemán que ha aprendido de los españoles á insurreccionarse, y las condiciones de la paz de Viena fueron ya menos duras que las de los tratados anteriores. Napoleón se desvanecía allá con sus nuevas glorias, mientras acá las iban marchitando sus ejércitos enflaquecidos y menguados. Ciertamente que ni todas fueron derrotas para el enemigo en estos seis años de porfiada lucha, ni todos fueron triunfos para las armas españolas; pues más de una vez vióse la España á punto de ser ahogada bajo el peso de aquellas infinitas masas de guerreros de casi todas las naciones europeas, de aquellas cohortes innumerables, conducidas por los más expertos generales del imperio, que de triunfo en triunfo desembocaban del otro lado del Pirineo, en reemplazo de las que iban quedando sepultadas en este suelo, y que parecía brotar de un fondo inagotable como las olas del grande Océano. Pero jamás desmayó el denuedo español. Ni el número de los enemigos le imponía, ni le desalentaban los reveses, ni los peligros le arredaban, ni nada en momento alguno le hizo desfallecer. Crecía con los infortunios el esfuerzo, con los contratiempos la audacia, con los conflictos la fortaleza, la intrepidez con los apuros, con las contrariedades el valor. «No importa», decía á todo; y se entregaba á arranques impetuosos, se multiplicaban las acciones heroicas, menudeaban las hazañas, y la victoria se iba declarando por la causa de la justicia y por los animos de corazón. Era el genio indomable de la resistencia, que venía heredado de los antiguos celiberos; era aquella perseverancia infatigable que desesperó á los romanos, que acabó con los sarracenos, y de la cual no sufría la altivez española que triunfaron los franceses. Hallóse pues Napoleón con los descendientes de los que habían peleado con Anibal, con César y con Almanzor, y el vencedor de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de Friedland, se encontró con los hijos de los que habían vencido en Covadonga, en Calatañazor, en las Navas de Tolosa y en los muros de Granada.

Pero no nos pertenece describir los innumerables hechos heroicos que inmortalizaron nuestra patria en una lucha de siete años, de la que solamente volveremos á indicar algunos sucesos indispensables para poner en claro las ocurrencias tocantes á la Religión, á la Iglesia de España y á sus ministros en aquella larga época. No hemos podido, sin embargo, dispen-

sarnos de insinuar los efectos que produjo en Europa el levantamiento de los españoles y sus primeras victorias. Napoleón que parecía tener en su mano la suerte de todos los pueblos y sus monarcas, perdió á la faz del universo el prestigio que le acompañaba hasta entonces; y los campos de Bailén hicieron conocer que no eran invencibles las águilas francesas. La Gran Bretaña que había resuelto transigir con el emperador, vió con sumo placer abrirse un nuevo campo á sus esfuerzos, y acogió con entusiasmo la alianza de la España, declarando solemnemente que nunca se le había presentado ocasión más feliz para dar un golpe al usurpador y poner al mundo en libertad. No dejaron de conocer esto mismo las demás potencias; ya hemos indicado que el Austria, aunque tantas veces vencida, volvía á presentarse á la lid contra su propio vencedor. Véanse sobre esto Lafuente y otros historiadores.

Ya que de España hablamos, no queremos omitir un hecho importante que dió lugar á un documento del mayor interés para las órdenes regulares en nuestra patria.

A fin ó á pretexto de conservar en ellas la exacta observancia de la disciplina monástica, dirigióse Carlos IV á Pio VII pidiendo su intervención en un negocio de tanta importancia. Accediendo el Papa á las súplicas del rey católico, nombró visitador general de todos los institutos y monasterios de España al cardenal de Borbon, arzobispo de Toledo y de Sevilla, quien verificó la visita por sí mismo y por medio de algunos delegados. La causa que para esta medida extraordinaria se alegaba como principal, fué la dificultad que se decía presentaba el ejercicio de la jurisdicción superior en las mismas órdenes regulares, atendido el estado general de Europa. Sabido es que todos los institutos religiosos, exceptuando algunas congregaciones monásticas, dependían, según sus leyes, de su respectivo superior general, que, ora fuese español, ora francés, ora italiano ó de cualquier otro país, residía ordinariamente en Roma, y desde allí gobernaba su orden por medio de prelados subalternos. Esta disciplina, aunque se confesaba ser conforme de todo punto á las constituciones de cada orden, y muy sabia y conveniente, cuando ningún obstáculo impedía la libre comunicacion de los prelados inferiores con el superior, decíase, no obstante, que impedida ó dificultada esta comunicacion, debían necesariamente originarse cuestiones y disturbios sobre el ejercicio de la jurisdicción superior, que no podían menos de perjudicar á la observancia. En vista, pues, ó á pretexto de la situación en que se hallaba la Europa de quince años á aquella parte, de las mudanzas ocurridas que hacían presagiar otras no menores, de la frecuente obstruccion de las comunicaciones de España con Roma, y de la imposibilidad ó al menos suma dificultad que habria en elegir nuevos generales de las órdenes por sus respectivos capítulos, discurrió el gabinete español que el medio de ocurrir á todas las necesidades seria establecer en España un prelado superior para cada orden con todas las facultades que gozaban los antiguos generales. Tal fué el objeto y el

El 16 de marzo anterior el Papa había dirigido á los cardenales reunidos en consistorio, una alocucion hablándoles de las condiciones que querían imponerle, de su justa repugnancia á aceptarlas, y de lo que á consecuencia

de esto había tenido que sufrir hasta entonces. En 11 de julio una nueva alocucion á los cardenales, en consistorio secreto, les anunció los recientes ultrajes hechos á su persona y autoridad. En ella se lamenta particularmente del destierro de los cardenales, y demuestra cuán opuesto era al derecho de gentes semejante proceder. También reclama contra el decreto de 2 de abril, que le arrebató las más ricas provincias de sus Estados, y rebate los frívolos protestos con que se pretendía cohonestar semejante invasion. Por último, protesta solemnemente contra los actos y medidas empleadas contra su persona, y toma á los cardenales por testigos de su moderacion, de su condescendencia y de su deseo de evitar las disputas. Esta alocucion, que es bastante larga, está escrita con enérgica sencillez, y lleva el sello del carácter de dulzura del Papa, de su paciencia y de su resignacion; pues aun en ella conjura á su perseguidor á que adopte sentimientos más pacíficos.

Al contrario, los malos designios de este se manifestaban cada día más. Habíase prohibido bajo pena de muerte á todos los impresores de Roma publicar cosa alguna sin obtener quiera otras dificultades ó controversias sobre elecciones y demás puntos que pudieran ocurrir cuando los respectivos capítulos no bastasen á definirlos. Finalmente, los regulares existentes en España debían administrar los bienes temporales de sus conventos, sin quedar obligados á contribuir á ningún gasto ó subsidio de las casas ó religiosos de fuera de España. Tales fueron en sustancia las reglas prescriptas por dicha bula para lo sucesivo. Mas atendiendo el Papa á la imposibilidad de verificarse entonces las elecciones conforme á lo mandado en la bula, ordenó que los prelados existentes siguiesen en su oficio según las leyes de su orden, y se reservó nombrar para todas las vacantes, así de España como de fuera, por aquella vez, como efectivamente lo hizo, espidiendo para los nombramientos otros tantos breves. Por manera que siendo la incomunicacion con Roma el motivo que se alegó para esta innovacion, y adoptándose esta medida como un medio de evitar los males de aquella, ni siquiera pudo ponerse en ejecución. ¿Sería pues aventurado creer que el gobierno al pensar se hubiera llevado otras miras que la de fomentar la más exacta observancia regular? Ello es que los jesuitas jamás han querido se introdujese entre ellos semejante innovacion. (N. del E.)

antes la aprobacion del gobernador francés. Cada día eran espulsados de la ciudad algunos eclesiásticos. La correspondencia del Santo Padre era violada, sus guardias eran reducidos á prision, su habitacion se veia rodeada de espías, y las plazas y calles de la capital llenas de soldados. Apenas podian los obispos y demás eclesiásticos de sus Estados lograr acceso hasta su persona; publicábase descaramadamente una *Gaceta romana* en que se insultaba á su autoridad, y por las esquinas se fijaban proclamas incendiarias escitando al pueblo á rebelarse.

La autoridad militar francesa habia dado principio á reclutar en diferentes ciudades del Estado pontificio un cuerpo de tropas bajo el nombre de guardia cívica, prestando tener necesidad de hombres leales y seguros que rechazaran los ataques de los insurgentes del reino de Nápoles á quienes los franceses designaban con el nombre de *brigantes*, es decir, malhechores; pero la verdadera intencion de los franceses al reclutar aquella fuerza, no era mas que servirse de ella para cambiar el gobierno. Con el objeto de poner trabas á estos reclutamientos, ó por lo menos para demostrar la desaprobacion del Papa contra estos cuerpos de vasallos rebeldes, el cardenal Pacca publicó el 24 de agosto un manifiesto, cuyo acto de vigor hizo al general Miollis tomar la determinacion de separar al cardenal de su soberano y alejarlo de Roma. En 6 de setiembre se le notificó por medio de dos oficiales la orden de marchar á Benevento, su patria, y habiendo respondido que iba á tomar órdenes del Santo Padre, le prohibieron subir para ello al aposento del Papa. Replicó que de ninguna manera dejaria su puesto sin orden espresa de su soberano, y en vista de esto, le dejaron escribir un billete al Pontífice, quien despues de haberlo leído, bajó en el acto al aposento de su ministro. «Yo me adelanté á recibirle, dice el cardenal (1),

(1) *Memor. del cardenal Pacca*, t. 1, p. 57-59.

y tuve ocasion de observar una cosa de que habia oido hablar, pero que aun no habia visto (la horripilacion). Cuando domina la cólera se se eriza el cabello y la vista se ofusca. En este estado se hallaba aquel excelente Pontífice, y no me conoció á pesar de mi vestido de cardenal. Al acercarme á él, dijo en alta voz: «¿Quién sois? ¿Quién sois?» Soy el cardenal, le respondí besándole la mano. ¿Dónde está el oficial?» volvió á preguntar. Yo se lo enseñé: este estaba cerca de nosotros en una actitud respetuosa. Entonces el Papa dirigiéndose al oficial le mandó que dijese al general que se hallaba cansado de sufrir tantos insultos y ultrajes de un hombre que aun se llamaba católico; que comprendia muy bien á dónde iban á parar aquellas violencias; que se queria quitarle uno por uno sus ministros para impedir el ejercicio de su deber apostólico y de sus derechos de la soberanía temporal: que me mandaba á mi cardenal, que me hallaba presente, no obedecer á las órdenes del general y que le siguiese á sus aposentos á ser compañero de su prision; y que si querian llevar á cabo el proyecto de arrancarme de su lado, el general tendria que mandar romper las puertas y penetrar violentamente, cargando entonces con la responsabilidad de tan increíble atentado. Entonces el Papa, cogiéndome de la mano me dijo: «¡Señor cardenal, vamos!» y atravesando la escalera grande en medio de la servidumbre que aplaudia su accion, regresó á sus habitaciones.»

Esta tentativa, que fué oficialmente notificada al cuerpo diplomático, así como el arresto y destierro del cardenal decano Antonelli y del prelado Arezzo, pro-gobernador de Roma, no eran mas que un preparativo para el ataque del palacio apostólico y para el rapto del Papa. Los franceses, esperando el momento de invadir el Quirinal, llevaban su odioso espionaje hasta el punto de registrar todos los coches que salian de este palacio. El fin del

año no fué mas que una larga série de violaciones del derecho de gentes, de protestas, y de anuncios de nuevos atropellos (1).

En tal estado de cosas no sabe uno si mirar como burla ó como homenaje la peticion del general francés en 31 de diciembre de 1808, de ser admitido á saludar el siguiente día al Santo Padre con motivo de ser la entrada de año, y á saludarle, decia tambien la comunicacion, como Gefe de la Iglesia y como soberano de Roma (2). Pio VII, no separándose del tono de moderacion que se habia propuesto, mandó contestar que admitiria muy gustoso al general francés como simple particular; pero que en el estado de cautiverio en que se hallaba, no le convenia recibir felicitaciones.

Entretanto la parte de sus Estados invadida por el decreto de abril, era mas que nunca presa de las exacciones. Exigiase de los obispos y de los curas un juramento, cuya negativa les esponia á castigos rigurosos. Espulsábase de los monasterios á los religiosos y á las religiosas y se publicaban leyes contra las cuales el Papa estaba reclamando hacia tantos años, y particularmente en la última alocucion del 11 de julio de 1808. Pretendiase aplicar ridiculamente á estos paises los usos y decretos de la Iglesia de Francia, y todo se trastornaba con violencias sin cesar repetidas. Pio VII escribió á estas desoladas iglesias para sostenerlas en la firmeza y en la paciencia.

En ello podia él mismo proponerse por ejemplo, pues cada día desde las ventanas de su palacio veia cometer nuevos excesos. En 19 de enero de 1809, fué allanado el palacio del embajador de España por soldados franceses que le arrestaron á pesar de hallarse en

(1) M. Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 201.

(2) *Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 501-502.

fermo en cama. Arrestaron igualmente á dos auditores de la Rota y á otros muchos particulares de la misma nacion. El Soberano Pontífice se quejó de esta violacion del derecho de gentes y la denunció á todos los ministros extranjeros.

Pio VII habia rehusado autorizar las fiestas del Carnaval para el 1809, lo mismo que el año anterior; mas el general Miollis, lisonjeándose de que la aficion á los espectáculos podria mas en los romanos que su amor á su Príncipe, mandó hacer los preparativos para estas diversiones. La resistencia que halló en las personas de todo rango y condicion, le obligó á recurrir á la fuerza. A la fuerza hizo sacar del Capitolio los mantos destinados á los caballos vencedores en la carrera, y á la fuerza obligó tambien á los albañiles y carpinteros á construir los tablados, y á los carreteros á conducir los materiales: por último, fué preciso tomar severas providencias hasta contra los mismos judíos para hacerles suministrar las alfombras para los tablados de los jueces. Llegó por último el 4 de febrero, día fijado para aquel espectáculo tan agradable á los romanos; mas apenas, hácia el medio día, principió la tropa francesa á desfilar por la gran calle del Corso para mantener el buen orden, cuando de golpe se cerraron todas las tiendas, las puertas y las ventanas de las casas, y aquella ancha calle quedó tan solitaria como la calle de una aldea. Apenas se vió en ella mas coche que el del gefe de los arqueros, ni mas personas que unas cuarenta enviadas por el gobierno para ver y contar lo que pasaba en el Corso, á la hora en que otros años se precipitaban oleadas de pueblo por todas partes de la ciudad y llenaban la plaza. Este día, que tanto honor hizo al pueblo romano, causó un dulce consuelo al afligido y oprimido Pontífice, é inspiró temores á la autoridad militar francesa, que conoció de este modo la manera de pensar de toda la poblacion.

El 24 de marzo no fué un día menos glorioso para el pueblo romano, ni menos consolador para Pio VII: este día era el aniversario de su coronación. En tal día los cardenales, el cuerpo diplomático, la nobleza, los prelados y algunos empleados del gobierno, tienen la costumbre de iluminar sus palacios y casas; pero en estas circunstancias toda la ciudad sin escepcion quiso dar un testimonio público y solemne de su afecto y adhesión al Soberano Pontífice. Hasta los mismos pobres pedían limosna para iluminar su reducida habitación: de manera que no solamente las grandes calles habitadas por personas consideradas y ricas, sino los arrabales mas desiertos, aparecieron iluminados aquella noche, presentando un espectáculo cual ningún viviente se acordaba haber visto en Roma.

A todo esto los asuntos eclesiásticos seguían su curso en cuanto era posible. Pio VII preconizó en un consistorio varios obispos el 26 de marzo de 1809, y el obispo de Poitiers, que el mismo Pontífice había consagrado en Paris, fué trasladado al arzobispado de Malinas.

En presencia de los peligros de que el Papa se veía rodeado, admira cómo sus ministros no trataron de poner en seguridad su persona haciéndole huir de Roma y aun de Italia. Este era el proyecto del cardenal Gabrielli, y se hubiera realizado en tiempo del ministerio del cardenal Pacca de acuerdo con las Cortes de Sicilia é Inglaterra, si Pio VII no hubiese manifestado intención de no marcharse voluntariamente de Roma. El cardenal Pacca justifica plenamente esta resolución del Pontífice de esperar que la violencia le arrancase de su Silla antes que abandonarla. «Para efectuar la fuga, dice (1), había grandes dificultades que vencer. Pero quiero suponer que fuese posible superarlas, y que sin temeridad

(1) Mem. del card. Pacca, t. 1, p. 73-81.

pudiésemos lisonjearnos de verlo todo salir según nuestros deseos: era preciso ponerse en manos de los ingleses, y trasportar al Pontífice á Sicilia, ó á Cerdeña, ó á España, países aliados y sometidos entonces á la Inglaterra y enemigos de la Francia. Ahora bien: si el prudente y pacífico Pio VII, que desde el principio de su pontificado llamó de Inglaterra á monseñor Erskine, ahora cardenal, solo porque su residencia en Lóndres inspiraba recelos al gobierno francés; si Pio VII, que hizo tantas concesiones y sacrificios para secundar los designios y satisfacer las continuas reclamaciones de Bonaparte, hasta ser tachado en toda Europa como excesivamente parcial por la nación francesa, tuvo el disgusto de verse acusado á la faz del mundo de favorecer á los ingleses y verse arrebatado los dominios de la Santa Sede bajo el pretexto de que en favor de los ingleses hacia uso de los bienes de la Iglesia romana con grave detrimento de la Religión, calumnia que, sirviéndome de una frase de Voltaire, sería atroz, si no fuese ridícula; si Pio VII, vuelvo á decir, tuvo que tolerar todos estos ultrajes, no obstante de haberle Napoleon llamado por espacio de muchos años su mas íntimo amigo, ¿qué habría sucedido si para escaparse del cautiverio en que lo tenían los franceses en Roma, se hubiese arrojado en brazos de los ingleses y hubiese establecido su residencia en los países que entonces se hallaban sometidos á su influencia? Entonces se hubieran hecho resonar por todas partes los calumniosos rumores de que acabo de hablar, rumores que habrían adquirido una apariencia de verdad: entonces se hubiera escitado á la Iglesia de Francia, en la que podían hallarse prelados vendidos al gobierno, á que hubiesen roto toda comunicacion con los tribunales de Roma, á desprenderse de todo lazo de dependencia de un Papa estrechamente unido con los enemigos de Francia, y á ejecutar el proyecto tantas veces anuncia-

do de crear un patriarca. Además, si el Papa se hubiese escapado, como se quería antes, del cambio de gobierno y de la reunion del Estado romano al imperio francés, Napoleon hubiera publicado inmediatamente el decreto que salió á luz y fué ejecutado el 10 de junio de 1809, y en lugar de hacer valer los imaginarios derechos de sucesor de Carlo Magno, habría tomado posesion de los Estados Pontificios á título de conquista, como de un país sometido á un príncipe que se había declarado abiertamente contra él, poniéndose espontáneamente en manos y bajo la proteccion de sus mas mortales enemigos. Y en tal caso los maledévolos, no solo habrían aprobado y alabado como justo el decreto imperial, sino que hubieran divulgado la idea de que el emperador de los franceses no había tenido nunca en realidad la idea de arrebatarse Roma y sus Estados al Pontífice, y que la entrada de las tropas francesas no había sido mas que una maniobra política para intimidar al Papa y al Sacro Colegio, y obligarles á entrar en la confederacion. Esto supuesto, los mismos hombres de bien, y hasta el pueblo romano podían caer fácilmente en el error, dando crédito á estos siniestros discursos, y creer, que si el Papa hubiese tenido mas paciencia, y esperado otras circunstancias favorables, habría acaso conjurado la tempestad y evitado el golpe fatal, y que la sábia política dictaba que no se hiciera nada que pudiese romper el hilo que unia aun la potestad temporal á la supremacia espiritual. En una palabra, la pérdida de Roma y del Estado, y aun mas la revolucion religiosa que hubiera ocurrido en Francia, y acaso el cisma con todos los males que le acompañan, habrían sido imputados á la resolución del Pontífice de sustraerse del poder de los franceses por medio de la fuga: este paso habría, pues, sido considerado como muy imprudente y falto de prevision. El famoso argumento, justamente reprobado por la

sana lógica, «*Post hoc, ergo propter hoc,*» es por desgracia el que dirige á los hombres en sus juicios, y la misma posteridad, juez imparcial de los sucesos, tal vez por falta de datos mas claros, sigue y admite los juicios erróneos de la generacion que la ha precedido. La historia de los Macabeos prueba qué caso debe hacerse, en semejantes circunstancias de la voz del pueblo y de la generacion presente. Cuando Trifon, que por medio de la traicion había hecho prisionero á Jonathás, hizo saber á Simon, hermano de este último, que le había sucedido en el poder y en el mando del ejército, que retenia preso á Jonathás, á fin de que reembolsase las sumas que debía al tesoro del rey, y que si le enviaba el dinero y sus hijos por rehenes, pondría en el acto á su hermano en libertad, el testo sagrado añade: «aunque Simon conoció que no le hablaba así mas que para engañarle, sin embargo mandó que se le enviara el dinero juntamente con los hijos por temor de atraer sobre sí un gran odio de parte del pueblo de Israel que habría dicho: Jonathás ha muerto porque no se envió ese dinero y sus hijos.» Verdad es que en la historia de los Papas leemos que muchos de estos huyeron de Roma á países extranjeros, sin que la posteridad los haya tachado de cobardía ni condenado su fuga; mas si examinamos las circunstancias, si comparamos aquellos tiempos con los nuestros, veremos cuán distinta era la posicion de Pio VII de la de sus predecesores. Aquellos Pontífices huyeron de Roma, ó por escapar de las violencias de los romanos, que entonces no era un pueblo tan fiel y adicto á los Papas como en la actualidad, ó para implorar auxilio contra los Lombardos, que usurpaban los dominios de la Santa Sede, y contra la tiranía de los maguates de Roma y de sus alrededores; pero tenían seguridad de encontrar honroso asilo en los países donde acudían, y lo que es aun mas precioso, tenían tambien una esperanza fundada ó mas